

APOLONIO, EL DISCOLO

EL más famoso de los gramáticos griegos fué un alejandrino del siglo II de nuestra Era, llamado Apolonio, y por sobrenombre el Discolo. Vivió bajo los Antoninos y siendo súbdito del Imperio Romano, y viviendo en Alejandría, donde se oía latín, egipcio y otros idiomas, no supo más que el griego. Y el que no sabe más que su propia lengua, mal puede hacer una gramática científica de ella. Pero Apolonio era un gramático y nada más que un gramático, no un lingüista — que no es lo mismo que un polígloto —, y menos un filólogo. A lo sumo, un logófilo conforme á la sutil distinción que entre filólogo y logófilo trazó Zenón el Estoico. Apolonio el Discolo parece que despreció todos los idiomas, para él bárbaros é incapaces de gramática, que no fuesen el suyo. Fué, pues, tan ignorante como un puro gramático suele serlo.

Todavía se puede oír á más de un gramático discolo preguntar si una lengua cualquiera, acaso la de un pueblo salvaje, tiene gramática, que es como preguntar si tiene anatomía el ornitorrinco.

«Para escribir bien una lengua — decía Renán hablando de Apolonio —, no es menester haberla analizado demasiado; así es que se ha advertido que los gramáticos, en general, escriben mal. Apolonio no hace excepción á esta regla. La rudeza y la obscuridad de su estilo tienen derecho á sorprendernos.» ¿Es que es acaso un modelo, no ya de estilo, mas ni de lenguaje, el *Épitome* de la Real Academia Española de la Lengua, ese epitome de... amenidades?

Pero lo más notable y significativo del más notable y significativo de los primeros gramáticos griegos, es que se le apodase el Discolo. «Todo lo que se sabe, en efecto, de la vida de Apolonio — nos dice Renán siguiendo á mister Egger —, es que era muy hosco. El sobrenombre de *discolo* es la prueba de ello, y no está sino muy justificado por las huellas de malhumor que se encuentran casi á cada página de sus escritos. Insulta á sus cofrades de la manera más ultrajante, cuando se permiten haber pensado de otro modo que él sobre el adverbio ó el pronombre. «Eso es una necesidad»; ó bien: «es ridículo creer»; ó bien: «es superfluo argumentar más tiempo contra puerilidades»; tales son las formas habituales de su polémica.»

Lo cual parece que sea propio de gramáticos. Ni las discusiones políticas, ni aun las teológicas, han producido expresiones de discolo malhumor y aun de grosería como las han producido las gramaticales. Acaso se quiere realzar la vanidad y escasísima importancia del asunto con esas lindezas al alcance del ingenio más menesteroso. Porque no hace falta mucho para denostar con denuestos que parecen ir envueltos en regüeldos de refectorio al que diga, v. gr., como se dice generalmente en Castilla, *estropajo* y no *estrapajo*, como parece que se dice en tal rincón de León.

¿De dónde viene ese malhumor de los gramáticos? ¿Es malhumor? ¿No será más bien que los pobres quieren ser chistosos de esa manera?

Don Rufino José Cuervo no era un mero y nudo gramático, ni mucho menos, sino que era un eminente lingüista y un filólogo meritisimo. Conocía á maravilla, y por los métodos más rigurosos de la ciencia, la historia y evolución de la lengua castellana. Sus *Apuntes críticos sobre el lenguaje bogotano* forman una obra de

muy sólida y científica doctrina, aunque anegada en un flujo de erudición excesiva y todiosa, y por lo tanto inútil. Dándose cuenta de lo abstruso y aburrido de tales disquisiciones, quiso amenizarlas y no escribir un libro «en el estilo grave y estirado que demandan los tratados didácticos». ¡Pero hay que ver las amenidades que se le ocurrían al grave D. Rufino José Cuervo! Y el malhumor gramatical, si es que no conservador, bajo ellas. Porque, ¿en qué consiste que el gramático tirá á conservador ó á reaccionario?

Una vez habla (§ 445) de los escándalos en el día en que se escriba un tratado sobre las tribulaciones que aquejan á nuestra lengua; otra vez dice en un caso — *ocuparse de* en lugar de *ocuparse en* — que es «punto de conciencia» (§ 459); ya que casi le costó lágrimas el pecado de llamar *dintel* al *umbral* (§ 62), ya otras cosas por el estilo. «Humorismo!, ¡gracejo!», se dirá. Pero es que debajo de ese gracejo, en general muy poco gracioso, como debajo de ciertas pretendidas chistosidades con que algunos eruditos pretenden amenizar sus notas, queda siempre otra cosa. Queda la del sacristán que en su vida se ha preocupado en serio de ninguno de los misterios de su religión, y puede sorprender á un místico contemplativo, ó siquiera á un teólogo, en una falta de liturgia.

Imagínense ustedes un erudito que para mejor lucir su erudición, la erudición pura, escoge como objeto de su estudio á un sujeto que no escribió sino correctas vaciedades; á uno de aquellos señores de antaño, en general del siglo XVII, que juntaron el mayor número de voquibles para decir insulseces que hoy hacen dormirse de pie á cualquier hombre de mediano entendimiento. ¡Y á algunos de esos señores se les llama clásicos! Buena claridad les dé Dios! Podrán á lo sumo servir de texto de lengua... ¡Pero ni eso! El que no dice nada, no puede decirlo bien. Que no es decir, ni bien ni mal, el no decir cosa que valga.

Pero hemos ido apartándonos de la discolia de los gramáticos. Observen ustedes, y verán que entre los que andan á la caza de gazapos de gramática y de léxico abundan los discolos, esto es, los malhumorados y acaso los dispépticos. ¡Es que el estudio de la Gramática pura estropea el estómago, ó es que los que le tienen estropeado buscan su solaz ó su venganza en ese estudio? No nos atrevemos á decidirlo.

Según escribía en 1566 el P. Provincial de los jesuitas de Castilla, P. Diego Carrillo, al P. General, Francisco de Borja, á los que enseñaban Gramática no sólo no les habían de hacer guardar la perfección, sino que era menester llevarlos en palmas con mucho regal. Considerábase ministerio muy trabajoso. Pero la Compañía de Jesús se osmeró mucho en él y con su cuenta y razón... Presentian que no hay como la gramática preceptiva, quintesencia de la ortodoxia formal y abstracta, para atajar todo espíritu herético. La lógica del ortodoxismo — sea cual fuere su doxia: católica, luterana, budista, agnóstica, materialista, anarquista, etc., etc. — es la Gramática. No en vano se llama *Gramática de la Ciencia* (*Grammar of Science*) uno de los libros más terriblemente dogmáticos de filosofía ortodoxa positivista. O más bien negativista.